

Centro Teológico Manuel Larrain
CÍRCULO DE ESTUDIO SOBRE SEXUALIDAD Y EVANGELIO
2008

REUNIÓN N° 1
12 DE MARZO

Asisten: Carolina Montero, Carolina Correa, Carmen Reyes, Alejandra Lustig, Caridad Merino Cristián Barría, Fernando Verdugo, Pablo Concha, Francisco Téllez, Carolina del Río.

I Preliminares: Los asistentes se presentan y la coordinadora del grupo, Carolina Correa, plantea los objetivos, requisitos y metodología del grupo. El acuerdo alcanzado implica:

Objetivo: Realizar una reflexión teológica sobre la sexualidad humana en el horizonte de los enormes cambios que esta dimensión de la vida experimenta en nuestros tiempos.

Consideraciones:

- Tener en cuenta a los destinatarios prioritarios de la reflexión (“quiénes”)
- Tener en cuenta la modalidad de la reflexión (“cómo”)
- Detectar los temas que más nos interpelan
- Articular un discurso capaz de orientar a las personas que requieren nuevas luces sobre esta materia.

Requisitos:

- Compromiso de asistencia y de explicación de las inasistencias.
- Disposición a darse tiempo para leer.
- Conocimiento del tema o mucho interés por él.

Metodología:

- El grupo tendrá como coordinadora a Carolina Correa y como secretario a Samuel Yáñez.
- Es necesario definir un programa de trabajo que incluya planes de publicación.
- El grupo determinará las lecturas y estudios que se harán mes a mes.
- Reuniones mensuales (cuatro por semestre) los segundos miércoles de cada mes; de 19,00 a 21,00; en el Colegio San Ignacio de El Bosque.

II Exposición de Cristián Barría: “Moral Sexual Católica ¿Está en Crisis de Paradigma? Un Estudio desde la Historia de las Ciencias”.

Resumen:

Aplicamos a la reflexión moral católica sobre sexualidad, los conceptos de historia de las ciencias de Tomas Kuhn, quién sugiere que una ciencia avanza con períodos de progreso

normal, orientado por ciertas ideas-marco: un paradigma. La aparición de hechos nuevos provoca una crisis en la disciplina que impulsa a la elaboración de nuevas ideas y prácticas hasta perfilarse un nuevo paradigma. Durante la crisis se enfrentan escuelas rivales a las cuales les cuesta dialogar, debido a sus diferentes paradigmas. Gradualmente la comunidad de estudiosos consigue un nuevo consenso en torno al paradigma emergente, reanudándose el trabajo normal. Postulamos que estos fenómenos están ocurriendo en la comunidad católica, en relación a la sexualidad. En los años previos a 1968, surgieron hechos e ideas nuevas que llevaron a revisar el paradigma sobre sexualidad vigente por siglos. Estas innovaciones alcanzaron un clímax en ciertas intervenciones conciliares y en el trabajo de la Comisión Pontificia de Estudio de la Natalidad. Esbozamos los fundamentos para postular la persistencia de una crisis latente y no resuelta de paradigmas entre los católicos, respecto a la sexualidad. El Magisterio conserva con algunos ajustes el paradigma tradicional en la doctrina dando por resuelto el punto doctrinal. Por otra parte, sin embargo, muchos de los fieles parece conducirse en los hechos de acuerdo a un paradigma innovador, mas intuitivo y tentativo que reflexionado sistemáticamente.

El autor reflexiona desde la sorpresa que le causó constatar la diversidad de acercamientos a la sexualidad en la moral católica. Afirma que “me dejó optimista el pluralismo”.

La constatación de que estamos inmersos en un cambio de paradigma dificulta y hace aún más desafiante articular un nuevo discurso sobre sexualidad. Siguiendo a Khun, afirma que los cambios de paradigma no se producen por una revolución de las ideas, sino en la praxis. Y dado que la sexualidad es a la fecha un reducto pre-moderno, el paradigma innovador se encuentra con no pocas dificultades.

El hombre es hoy consciente de que puede intervenir en la sexualidad, lo artificial no es “malo” como en el paradigma tradicional, sino sólo aquello elaborado por el hombre.

El paradigma tradicional ha afirmado que “lo bueno es la unión sexual fecunda en un marco sacramental. Todo lo demás es “malo”, y esto constituye una verdad inmutable. El paradigma innovador está aún definiéndose. Lo que hay por ahora son intuiciones, búsquedas. Vidal, sostiene Barría, afirma que la conducta sexual “buena” es la que humaniza a las personas, la que las hace mejores, y no la estructura en la que se da.

Barría explica el desarrollo y planteamiento final de la comisión de estudio *ad hoc* constituida post Vaticano II, en la que se da una fuerte tensión entre una tendencia pro cambio y otra refractaria a éste, imponiéndose esta última postura la cual cristaliza en *Humane Vitae*.

El expositor llama la atención acerca de que en el ámbito de la moral social el nuevo paradigma ya está instalado, no así en la moral sexual. Hay una práctica innovadora, pero aún no está teorizada por los teólogos.

III Reacciones y discusión sobre el tema:

La reacción unánime a la presentación es afirmar que el lenguaje religioso (y teológico) debe estar anclado en un mundo que es altamente cambiante, dinámico, evolutivo y, por lo tanto, muy desestabilizante.

El desafío de este grupo, se afirma, es dar respuesta a aquellos cristianos que han roto con el paradigma tradicional y están en búsqueda de respuestas.

En la moral es importante actuar con libertad. Pero esta libertad debe ser discernida y requiere de criterios de orientación. ¿Cuál ha de ser el criterio del actuar sexual? Se plantea que “lo amoroso”.

Se afirma que mirar en términos de paradigma muestra y oculta mucho a la vez. Lo que no ha cambiado, se sostiene, es el paradigma de autoridad. El problema no sería el paradigma sexual, sino el de autoridad. Son los papas los que definen, los teólogos sólo opinan, pero no son ellos los que hacen el Magisterio. El paradigma de fondo que hay que cuestionar es el de autoridad porque ¿dónde queda la libertad de cada uno si estamos “obligados” a obedecer al magisterio? (cfr. *Veritatis Splendor*)

La pregunta que habría que hacerse es ¿por qué la sexualidad es el reducto de la lucha por el poder? ¿Por qué no se puede intervenir en la sexualidad? Porque -se afirma- hay una errada concepción de lo natural, se está entendiendo lo natural como naturalismo.

El tema de la sexualidad es muy complejo porque implica una pérdida de credibilidad para la Iglesia. Los católicos no siguen al magisterio en este ámbito, no hay sintonía del pueblo católico con sus autoridades magisteriales. ¿Qué pasa en estas situaciones? ¿Por qué este es un ámbito que no está abierto al dialogo? Probablemente porque las relaciones hombre-mujer sean conflictivas al interior de la Iglesia y “tocar” este ámbito implica un efecto dominó en muchos otros.

Un punto central de la discusión en el ámbito sexual tiene que ver con la conciencia moral. ¿Por qué hay cristianos que están actuando en conciencia y contrariando las normas Magisteriales? El efecto de *Humane Vitae* ha sido paradójico: quienes no abandonaron la iglesia se quedaron y han hecho un camino de “autonomía privada”. Parece ser que ha llegado el momento de hacer pública dicha autonomía.

IV Proyección

Dadas las preguntas planteadas en esta primera reunión se propone trabajar el tema de la conciencia y la opción fundamental. Pablo Concha enviará el documento para la próxima reunión, fijada para el miércoles 9 de abril en el Colegio San Ignacio (se nos avisará lugar).

REUNION N° 2 (9 abril 2008)
Grupo Evangelio y Sexualidad
Centro Teológico Manuel Larraín

Asisten Cristián Barría, Ricardo Capponi, Pablo Concha, Carolina Correa, Carolina del Río, Alejandra Lustig, Caridad Merino, Carolina Montero, Carmen Reyes, Francisco Téllez, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

La sesión se desarrolla a partir de un artículo previamente leído, y presentado brevemente al comienzo por Pablo Concha: FUCHS, J, “*The Absolute in Morality and the Christian Conscience*”, *Gregorianum* 71 (1990), 697-711. Son dos los temas centrales que plantea el texto, por lo demás conectados entre sí: el problema del principio absoluto en moral, y la relación entre Magisterio y conciencia en la comunidad creyente. El principio absoluto de la moral es racional: *has el bien y evita el mal*. En el nivel *fundacional*, por tanto, toda conciencia es una subjetividad orientada infaliblemente hacia la objetividad moral. En la dimensión *situacional* de la conciencia, por su parte, el discípulo se abre a sí mismo para las declaraciones éticas del Magisterio, que poseen sentido como ayuda para el discernimiento que hace la conciencia. Este discípulo se esfuerza en darle la primacía a estas declaraciones. El acto de cerrar un oído a la autoridad éticamente significativa, puede ser signo de arbitrariedad superficial, dice Fuchs, pero puede también expresar alta responsabilidad. Si existiere un criterio de discernimiento incondicional y libre de toda ambigüedad, entonces ni siquiera sería posible el fenómeno de la conciencia errada. En la presentación del texto, por su parte, Pablo Concha lo contextualiza en el proyecto más amplio de Fuchs como teólogo. Lo que pretende éste es comprender el acto y el juicio moral. Es nuclear en su reflexión la distinción entre bueno/malo y correcto/incorrecto, inspirada en la distinción de Rahner entre trascendental y categorial. Lo bueno se refiere a la intención; lo correcto, a actos y conductas. Se trata, a fin de cuentas, de una distinción entre conciencia y comportamiento. La bondad sólo la juzga Dios. La corrección surge de la bondad y la busca, pero es distinta de ella.

El diálogo se despliega intrincadamente, pero es posible –me parece- identificar ciertos ejes de discusión.

Está la tensión entre lo absoluto y lo situacional en la moral. Está el principio absoluto *has el bien y evita el mal*. Pero también hay absoluto en el sentido de que hay conductas que son malas siempre e intrínsecamente –como el homicidio del inocente, por ejemplo. El juicio sobre la maldad personal es de Dios, pero basta la razón humana para sostener la incorrección radical de una conducta. En otro artículo suyo, Fuchs precisa que la caracterización de una conducta concreta como *intrínsecamente mala* sólo es aplicable a actos ya realizados, una vez que se han determinado sus condiciones. Esta idea de la existencia de conductas siempre e intrínsecamente malas parece estar de acuerdo con la experiencia expresable en enunciados del tipo *¡esto no puede ser!*, o *¡esto no tendría que ser así!* La indignación ante lo inaceptable formaría parte de las raíces de la experiencia moral y manifestaría bien esta dimensión absoluta de la moral. Más allá, o más acá, de las consideraciones posibles acerca de si una conducta está motivada principalmente, más bien por un trauma, o más bien por una decisión, parece haber actos objetivamente malos,

inaceptables por el daño que infligen. Si predomina en dicha acción la pasividad o la actividad, es decir, si se es más víctima o más victimario, es harina de otro costal.

Pero, *a una* con este aspecto de absolutez en moral, está la siguiente pregunta: ¿qué es lo bueno que tengo que hacer aquí y ahora? Y aquí se presenta el problema de los criterios para el juicio moral concreto, y se toca la realidad de la libertad humana. Ya no se trata del nivel absoluto, sino del ámbito situacional. En este nivel, la moral es histórica y constituye un camino de discernimiento para el creyente. Es la persona, en sociedad e historia, la que va buscando acertar en su conducta. Es la zona, por llamarla así, de la múltiple y plural experiencia moral de la humanidad. Esta experiencia supone interpretación: no hay experiencia sin interpretación. Y toda interpretación se sitúa en el seno de una cierta tradición. Es justamente en la tradición religiosa cristiana, la tradición del acompañamiento de Dios, donde el Magisterio desempeña su rol.

Aparece aquí un segundo eje articulador del diálogo: el Magisterio y su rol en temas relativos a la moral sexual. Se aprecia una tendencia a determinar muy precisa y concretamente, mediante la norma externa y absoluta, la conciencia creyente. Lo que no sucede en otros ámbitos morales. Hay una inclinación a reducir la indeterminación, a objetivar en exceso. Entre otros motivos, esto ha contribuido a que, en estas materias de sexualidad, las decisiones subjetivas dejen de considerar dicha palabra. Y esto no es asunto baladí: que la palabra del Magisterio rechace la conducta de muchos, y que la conducta de muchos, creyentes, no se atenga a la palabra magisterial. Ha faltado confianza. ¿Por qué? ¿Se teme a un posible *desbande*? Si éste fuera el caso, ello podría en parte explicar actitudes defensivas que se constatan. Es cierto que parece haber un cierto temor arquetípico al descontrol del impulso, según indican investigaciones antropológicas. En este sentido, la sexualidad tendría algo inquietante. ¿O se tratará de un asunto de poder? Las alternativas no son excluyentes. Ello tendría que ver con las dificultades de la institución eclesial para habérselas con la democracia y su autonomía respecto de la autoridad religiosa. Y también estaría relacionado con el tema del machismo, que vivencia la sexualidad en términos de descarga, y también de amenaza. Habría que superar, en todo caso, estos excesos de temor.

REUNION N° 3 (14 mayo 2008)
EVANGELIO Y SEXUALIDAD
Centro Teológico Manuel Larrain

Asisten Verónica Anguita, Ricardo Capponi, Carolina Correa, Alejandra Lustig, Caridad Merino, Carolina Montero, Carmen Reyes, Francisco Téllez, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

Texto previo

La sesión comienza con una presentación del texto de lectura previa: LUQUE, C, “*La sexualidad de los ángeles... del hogar. Mujeres, ethos sexual y religión en las novelas del boom de la literatura de mujeres hispanoamericanas*”; en: SCHICKENDANTZ, C (editor), *Religión, género y sexualidad. Análisis interdisciplinarios*, EDUCC, 2007, 13-42.

La autora se propone investigar sobre el *habitus*, que define como “conjunto de esquemas interiorizados de percepción, apreciación y acción que predisponen a las mujeres a percibir, pensar(se), actuar y sentir de una cierta manera, y delimitan para ellas el campo de lo (im)posible y lo (im)pensable”. (14) Lo hace analizando algunas obras literarias pertenecientes al reciente boom de literatura femenina en América Latina. Le interesa el problema de “la adecuación entre la dogmática católica y la historia vital de las mujeres hispanoamericanas contemporáneas”. (15) Y destaca el mecanismo relevante del “control institucional de la sexualidad”. (18)

Los presupuestos teóricos de la investigación son explicitados: perspectiva feminista post-estructuralista; naturaleza discursivo-ideológica de la realidad; carácter relacional y variable del género sexual; “la elaboración de significados implica el establecimiento de relaciones de poder”. (16) Entonces, la subjetividad “ya no es homogénea sino múltiple y contradictoria, y su identidad resulta entonces una construcción siempre contingente y precaria, fijada temporalmente en la intersección de las posiciones de sujeto y dependiente de formas específicas de identificación”. (16-17)

Constata en las novelas analizadas un desajuste entre vivencia (lo que es, la experiencia) y el *habitus* (modelo, lo que debiera ser, lo que debo o no debo hacer o sentir). Este desajuste se expresa mayormente en el área de la sexualidad femenina. Formaría parte del *habitus* el servicio sexual al varón y orientado a la reproducción; una sexualidad subordinada a las necesidades y deseos ajenos; la identidad y posición social femenina de subalternancia; y la dominación e injusticia en las relaciones de amor (doble moral).

El *habitus* que se desvela corresponde al imaginario del “ángel del hogar”: (24) construcción discursiva romántico burguesa que respalda el orden social liberal, consistente en la “esencialización, idealización y des-libidinización de los roles socio-históricos de esposa y madre”. (24) Así, “mientras los varones experimentan pasión sexual, las mujeres sienten sólo amor y ternura maternal”. (24)

En el siglo XVI se encontraría el antecedente del *habitus* de “la honra de la perfecta casada”, consistente en un “código moral impuesto por el estilo de vida de las élites coloniales”. (25) La familia así instituida funciona “como mecanismo de control de la movilidad social”. (25) Las redes de poder entre estas familias constituyen “el modo más eficiente de estructura de poder, de acumulación de capital y adquisición de propiedad”. (26) Y la mujer mantiene la *pureza* necesaria al sistema mediante su *honra*.

Los siglos XVIII y XIX traen nuevos referentes a “esta imbricada red de control social de la sexualidad”. (27)

El pensamiento ilustrado separó la relación entre concepción y placer/orgasmo femenino, sostenida “desde la Antigüedad y hasta bien entrado el siglo XVIII”, “e instauró como único afecto biológicamente posible (por su funcionalidad) el sentimiento maternal”. (28) De este modo, “los discursos del incipiente nacionalismo hispanoamericano aportaron también su capa de nuevos significados al concepto de *mujer*”. (28) Se pasó a considerar que “el espacio íntimo forjado por la mujer en el hogar era el espacio conciliador por excelencia de los conflictos sociales. De esta forma la familia y la maternidad fueron puestas al servicio de la Patria, y los contenidos del concepto ‘mujer’ se convirtieron en objeto de lucha política”. (28) En definitiva, “el final de la historia de amor personal (el matrimonio y la formación de una familia) resulta una alegoría del final de los proyectos políticos liberales (la constitución de un Estado independiente y la consolidación de la unidad nacional)”. (29)

Éstos son modelos orientadores en el imaginario popular hasta hoy: “el amor conyugal, con su correlato de sexualidad principalmente reproductiva; y la mujer definida como el *ángel del hogar*”. (29)

Subyace al *habitus* del ángel de hogar, “el *ethos* del rechazo del placer” (25) y su correlativa “reducción de la mujer a *categoría*”. (25) Lo que estaría en su base ideológica sería “la relación establecida en las sociedades hispanoamericanas entre el liberalismo burgués, el cientificismo ilustrado, la doctrina católica y el imaginario del amor romántico”. (33)

¿Qué se aprecia en las novelas analizadas?

- i. La irrupción de la “facultad de autodeterminación de los personajes femeninos”, (30) entendida como “margen de maniobra hermenéutica que permite a los individuos evaluar críticamente los emplazamientos provistos por el *habitus*”. (30)
- ii. El imaginario del *ángel del hogar* “no significa la realización plena de la persona, sino un autosacrificio”. (30)
- iii. La transgresión consiste en “negarse a identificarse con imágenes y roles vividos como ajenos”. (31)
- iv. La transgresión, curiosamente, “se circunscribe casi siempre al ámbito de la sexualidad”. Las novelas pueden leerse, entonces, como “relatos de advenimiento de las mujeres a la experiencia libre y sin culpas de su apetito

- sexual”. (32) La tesis de la autora es que, aquí, las mujeres reclaman para sí “el modelo romántico de subjetividad”. (33)
- v. En suma, se trata de “recuperar la dignidad y espiritualidad del placer carnal”. (35) Por ello, “las restricciones del código del ángel doméstico y las injusticias de la doble moral sexual aparecen como rémoras que obstaculizan o impiden dicha plenitud”. (35)
- vi. Las novelas “registran la existencia de un *ethos* sexual emergente (o quizás re-emergente), al cual podríamos llamar *ethos del placer*”; (36) este *ethos* “se aparta tanto de la tradición católica de la *castidad conyugal* como de la concepción ilustrada moderna sobre la pasividad sexual femenina, recupera la valoración positiva del erotismo propia de la noción pre-ilustrada, y añade como componente axial el reconocimiento de la mujer como sujeto pleno de derechos sexuales y agente moral autónomo”. (36-37)

Este *ethos* (re)emergente “entra en conflicto con el *ethos* católico dominante”: (37) En este último, se concibe el amor como “intrínsecamente procreativo”. (39) Por ello, “la espiritualidad del erotismo se reconoce sólo cuando conlleva también una funcionalidad biológica”. (39) Además, “el egoísmo o altruismo del goce sexual no depende, en última instancia, del grado de entrega de un amante al otro... sino del grado de supresión del deseo, entendido como castidad o templanza”. (39)

Temas de la conversación

La riqueza del diálogo puede ser integrada en tres ejes temáticos: comentarios al texto de lectura previa; elementos para comprender los cambios que están ocurriendo en el ámbito de la sexualidad; reflexiones sobre las dificultades de la Iglesia católica en esta nueva situación.

El artículo resulta interesante y apropiado como base para la conversación, a pesar de las reservas que alguien expresa sobre los presupuestos teóricos del mismo. Los textos literarios son herramientas útiles para hacer análisis culturales, y, además, comunican vivamente aspectos de la vida. Aunque el aporte, en estos temas, de investigaciones antropológicas y culturales en América latina ha sido más importante. Hoy, el *habitus* del *ángel del hogar* que la autora muestra, parece darse más fuertemente en sectores pobres. Allí, la mujer-utensilio y sin autonomía no es un hecho infrecuente. Incluso en la mujer que trabaja remuneradamente fuera del hogar, está la vivencia, experimentada como un peso, de *tener que volver a la casa a cumplir su deber sexual con el varón*. Pero no parece esto ser tan generalizado en otros sectores sociales. Aunque, en ciertas conductas adolescentes, aparece la idea de una mujer al servicio del placer del varón, y un varón que desliga sin problemas afecto y satisfacción. La *doble moral*, por su parte, se manifiesta en las leyes de la nación. El adulterio del varón consiste en yacer con otra mujer en el propio hogar y con publicidad. El adulterio de la mujer, en cambio, se define de modo más amplio: consiste simplemente en yacer con otro varón. En la atención psicológica a personas que han sufrido infidelidad del cónyuge también aparece, no raramente, el hecho de que el varón no la tolera, mientras que la mujer sí, incluso con justificaciones del tipo “*por algo será*”.

Un segundo eje del diálogo lo constituye la siguiente pregunta: ¿cuáles son los cambios que están ocurriendo en el ámbito de la sexualidad? Se mencionan algunos elementos con pretensiones descriptivas y comprensivas.

Se constata un proceso de separación entre placer y maternidad en la mujer. La situación de inseparabilidad entre ambos se remontaría a 8.000 años atrás, es decir, al tiempo del establecimiento de la familia como unidad social para la viabilidad de la especie. Puede formularse la siguiente hipótesis explicativa: dada la necesidad de establecer socialmente la familia, se hizo necesaria la existencia de un sistema controlador de la sexualidad. Tenía que ser un sistema poderoso, dado que se trataba justamente de la sexualidad. En buena medida, el asunto quedó entregado a la religión. ¿Cómo se logró el control, en definitiva? Mediante la disociación del varón y la represión de la mujer. Paulatinamente, el sexo de la mujer fue ligándose estrechamente al vínculo y a la institución familiar. De hecho, hasta muy entrado el siglo XIX no aparece, propiamente, lo que hoy reconocemos como *relación de pareja libremente consentida*. El dato, más bien, era la unión por arreglo. Esta situación milenaria estaría comenzando, nada más que comenzando, a cambiar.

Un segundo elemento de lo que estaría pasando sería la crisis del paradigma de control interno de la sexualidad. El dispositivo de control habría sido, en nuestra cultura occidental, el *logos* de la moderación afirmado por la filosofía griega. En este modelo, de lo que se trataba es de llevar una vida razonable, sin dejarse llevar por las pasiones y tendencias instintivas. Su consecuencia sería la producción histórica del animal sexualmente reprimido y deprimido, que seríamos nosotros. Ahora, se estaría abriendo otra posibilidad, a saber, una vía de depuración del instinto mediante la elaboración experiencial afectiva. Esto significaría una nueva relación con el placer.

Un tercer elemento es que muchas mujeres hoy, buscan y avanzan hacia un ejercicio de la sexualidad que integra cariño, ternura y erotismo de mucha calidad. Y aquí se está dando, además, la experiencia de la simetría con el varón, y de un mutuo hacerse cargo de sí, del otro (a) y del nosotros.

También se agregan otros dos elementos. Por una parte, se llama la atención sobre los cambios en el rol masculino, que podrían ejemplificarse, tal vez, como un paso del varón proveedor al varón con un bebé en brazos. Por último, se insiste también en la enorme influencia de los modelos presentados por los Medios de Comunicación, especialmente por la televisión, en los cambios de las conductas sexuales.

El tercer eje del diálogo está constituido por las dificultades que experimentamos en la Iglesia católica en esta nueva situación. Al tenor de la conversación, van surgiendo elementos y visiones. Se constata que hay un problema grueso aquí: tensiones, hiatos y alejamientos. La misma situación encabritada hace más difícil el discernimiento y el aporte evangélicos.

En el ámbito interior de la Iglesia católica, por ejemplo, están los documentos magisteriales, como la *Humanae Vitae*, de la cual ahora se conmemoran los 40 años de su publicación por Pablo VI, que generó, y sigue generando, reacciones disímiles entre los creyentes. Pero están también otros discursos que, en algunos puntos, son distantes del

primero. Pueden reconocerse opciones y modelos de pensamiento distintos en estos discursos. ¿Qué habría que hacer? No se desconoce el rol de la autoridad en la Iglesia, pero se experimenta la urgencia y necesidad de un diálogo de fondo. Se echa de menos, en este sentido, una manifestación mayor de la Comunidad de los creyentes como espacio de libertad y liberación, en pro de un diálogo sincero y un discernimiento desprejuiciado. No parece buena estrategia la disciplinar.

En el ámbito de las relaciones entre la Iglesia y el mundo, también se constata una disonancia. Se puede comparar mentalmente lo que dice *Humanae Vitae* con lo que pasa efectivamente, por ejemplo, en temas tales como las formas de concepción y el control de la concepción. Es verdad que la vida creyente comporta un aspecto profético respecto del mundo y sus costumbres. Pero también es verdad que el Espíritu sopla donde quiere. Se tiene la impresión creyente que, en algunos de estos temas, hay que abrirse a lo que está pasando y preguntarse hondamente si se trata de la acción de Dios. Como la primera comunidad eclesial, que fue atizada por el Espíritu a salir de sí misma, en la persona de Pablo, el perseguidor.

¿Por qué estas tensiones internas y externas? Sin duda, los motivos son múltiples y variados según personas y circunstancias. En la conversación se apuntó a dos con pretensión de generalidad.

Está el asunto del *poder* en la Iglesia. Porque una fuente significativa -no la única, por cierto- de las tensiones constatadas, está en las posiciones de la autoridad en materia de sexualidad. A los ojos creyentes, en la palabra de dicha autoridad se reconoce al Espíritu de Cristo. Pero no sólo ahí. Y es un hecho que el poder de esta autoridad es un poder masculino y célibe. Y aparece entonces, con renovado brío, la necesidad urgente de diálogo. En este discernimiento eclesial, la voz de los bautizados que tienen relaciones sexuales y que educan a sus hijos parece especialmente relevante. Se podría hablar incluso, en un sentido por cierto metafórico, de un *magisterio bautismal*. Este diálogo implicaría un desafío para todos y todas.

Otro aspecto que hay que considerar, como razón de las tensiones en materias de sexualidad, es el asunto del *saber*. Se aprecia una dicotomía. Por una parte, el clero no posee suficientemente los nuevos saberes modernos sobre la sexualidad. Y los bautizados laicos, por su lado, suelen tener una comprensión teológica de su fe a nivel infantil de primera comunión. Se produce un hiato, entonces, entre una fe formada sin saber humano *a la altura de los tiempos*, y un saber sin una fe formada. Además, hay que contar con que el saber sobre la sexualidad, en muchos bautizados, no alcanza niveles suficientes de reflexión e ilustración.

Pero no se trata solamente del encuentro entre fe y saber científico sobre la sexualidad, sino también del diálogo entre fe y saber surgido de la experiencia sexual. En este punto, el celibato, testimonio de vida nueva, puede conllevar también dificultad para integrar suficientemente la experiencia de la vida matrimonial con sus dimensiones sexuales. Muchos bautizados manifiestan con preocupación no sentirse considerados en la voz eclesial. Como si su experiencia y el saber creyente sobre ella, no fueran tomados en cuenta.

¿Qué hacer, entonces, como bautizados con vida sexual activa?

Surgen, sobre todo, criterios de orientación. El Evangelio sigue siendo la principal esperanza, aún en medio de los desánimos causados por la conciencia de la dificultad de avanzar. Se experimenta la responsabilidad humana y cristiana que tenemos en estos temas de la sexualidad. Al mirar la sociedad chilena, por ejemplo, se aprecia la extensión de la violencia sexual, expresada, por ejemplo, en los 30 femicidios que ya han ocurrido este año, y en la degradación de la sexualidad usual en los Medios de Comunicación. Y sabemos, por experiencia, que la palabra cristiana es una verdadera buena noticia sobre la sexualidad, aunque esto no sea fácil de apreciar por otros, incluso a veces por nosotros mismos, en las actuales circunstancias. Hay que ocuparse seriamente de los datos y la experiencia, llevándola a los niveles del saber y de la fe. Más que de normas, de lo que se trata es de generar criterios de discernimiento. La época y el asunto parecen exigir más la búsqueda que el límite. Insistir en éste, en el fondo, puede significar quedarse en la orilla.

Sesión N° 4 (11 junio 2008)
EVANGELIO Y SEXUALIDAD
Centro Teológico Manuel Larraín

Asisten Cristián Barría, Pablo Concha, Carolina Correa, Carolina Del Río, Alejandra Lustig, Caridad Merino, Carmen Reyes, Francisco Téllez, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

La sesión se abre con la presentación de algunos datos sobre sexualidad juvenil en Chile que recoge la V Encuesta Nacional de Juventud. Se adjunta a esta acta. Luego, se comenta y reflexiona a la luz de experiencias de trabajo con jóvenes en talleres de sexualidad y acompañamiento psicológico, y de datos de otros estudios sobre juventud (CISOC, Instituto Chileno de Terapia Familiar).

Los datos que arroja la Encuesta, en general, están en consonancia con lo que enseña esa experiencia de trabajo pedagógico y psicológico con jóvenes. No se aprecia la existencia de un desbande sexual. La situación no es, en general, catastrófica. Aunque hay elementos preocupantes. La edad de inicio de la actividad sexual es más temprana. Este adelantamiento se constata también en otras esferas de la vida. Por ejemplo, el proceso de selección para ingresar a ciertos colegios traslada la competencia social a estadios muy precoces. Es decir, la mayor precocidad en las relaciones sexuales tiene que ser considerada en el contexto más amplio de una sociedad poco respetuosa de los ámbitos y ritmos infantiles y adolescentes. En este sentido, a veces se escucha decir, a profesores de educación secundaria y universitaria, que los jóvenes de hoy son más frágiles que los de antes. El problema, sin embargo, no parece estar en los jóvenes, sino en la sobre-exigencia que la sociedad en su conjunto carga sobre ellos. La mamá le pregunta al niño de pocos años: “¿De qué quieres el helado: de chocolate, vainilla, frutilla o manjar?” Por otra parte,

en ciertos sectores sociales, el joven de 16 o 17 años se ve presionado a realizar una doble jornada laboral, la del colegio o liceo y la del preuniversitario.

Ha crecido lo que podría denominarse una iniciación sexual no penetrante entre los 15 y los 19 años. La opción de la Encuesta por considerar la sexualidad pre-coital permite que aparezcan este tipo de datos y constituye uno de sus importantes aportes. Pues la sexualidad adolescente, y no sólo adolescente, sigue siendo en nuestro país algo básicamente negado, evitado, ocultado, algo que no es tema de conversación y que, por tanto, parece no existir. Los discursos unilateralmente moralizantes, por una parte, y las iniciativas comunicacionales que lucran con un tratamiento trivial y rebajado de la sexualidad, por otro lado, contribuyen, cada cual a su modo, a esta situación. Con la visualización de lo pre-coital, aparece la sexualidad adolescente, y también pre-matrimonial, y la posibilidad de sopesarlas. Pero todavía falta dar más contenido a esta categoría de lo pre-coital. Es un desafío para sucesivos estudios.

Las jóvenes adolescentes tienen comportamientos más liberales que antaño. El problema de esto no es el potencial desenfreno, sino que, en algunos de dichos comportamientos, no parece haber el suficiente respeto de sí mismas y el debido cuidado de la intimidad. Uno se pregunta, entonces, por las posibilidades futuras de integración madura de la sexualidad. Y por el respeto que, como sociedad de adultos, damos a la intimidad. Aquí, un tema digno de mayor consideración es el de los límites. Al contemplar comportamientos infantiles –niños y niñas de 6 o 7 años- en diversas situaciones –cumpleaños, encuentros, etc.-, a veces uno se ve llevado a suponer que dichos infantes, en sus casas, son unos verdaderos príncipes y reyezuelos. Los niños necesitan contención y límites claros, y parecen no tenerlos en medida adecuada. Se constatan, entonces, dificultades importantes en el ejercicio de la paternidad y maternidad. Hay ausencia y culpa por la ausencia; cansancio por el trabajo; deseo de que el hijo o la hija disfrute de lo que los padres no tuvieron. También hay cierta tendencia cultural unilateral, que olvida demasiado fácilmente el límite en beneficio de la autonomía, que insiste en el derecho sin referencia a los deberes. Estudios parecen indicar que la adicción juvenil a drogas puede asociarse más a hogares permisivos que restrictivos. Aunque hay que considerar otros factores, por supuesto. Esto da pie para la siguiente hipótesis: en ciertos casos, el joven se droga porque no quiere crecer. ¿Para qué hacerlo? De niño y adolescente ya lo tiene todo, es un *pequeño dios*. Consumir droga es su forma de *no irse*, de no separarse de esos padres que se sienten, básicamente, en deuda con él.

La falta de contención y límite hace visible una situación de gran orfandad. El problema no son los niños y jóvenes, sino los adultos, que no acompañan suficientemente, porque no saben cómo hacerlo, o porque están preocupados de otras cosas. En materia de sexualidad, la orfandad se acrecienta, pues el tema no se habla. Ha crecido mucho la cantidad de adolescentes con teléfonos celulares, pero ello no mejora la comunicación con los adultos cercanos. Muchas madres los llaman preguntando compulsivamente: “¿Dónde estás?” Con lo cual manifiestan su propia inseguridad y desconfianza. Son adultos de una generación de tránsito, en buena medida desconcertados con los profundos cambios que se viven. Al conversar sobre la sexualidad juvenil, va apareciendo la necesidad de considerar el mundo adulto. Tal vez, la distancia juvenil tenga que ver con esto, y sea muy necesario un discurso apropiado para adultos desorientados. Un discurso que permita el diálogo y el crecimiento, la integración de la experiencia, el encuentro de vías de sentido.

Se abre por delante una inmensa tarea de acompañamiento y conversación. El amor cristiano experimenta su urgencia. Pero, ¿puede acometerla? La Iglesia no es relevante para los jóvenes en materias de sexualidad. El rol normativo que la Iglesia ha cumplido históricamente en las sociedades occidentales, deja todavía sentir su peso como una noche. ¿Cómo hablarles en sus propios y novedosos códigos a los jóvenes? Pues la mayoría sigue declarándose católico, pero tienen problemas con los aspectos institucionales. Un buen punto de encuentro puede ser la experiencia. Desde allí es posible partir. Desde las búsquedas que todos hacemos, en pos de nuevos equilibrios y discursos capaces de iluminar el camino. Por ahora, más bien, se echa mano de lo que “la Iglesia” ya ha dicho –el Papa, el obispo, el párroco. Pero hay una disociación, en materias de sexualidad, entre el Magisterio y los padres, y luego entre los padres y los jóvenes. Y, lo que es muy significativo para la comunidad eclesial: hay disociación entre la enseñanza magisterial sobre algunos puntos concretos, y la práctica sexual de laicos que viven su cristianismo con compromiso. Se constatan, en esta perspectiva, problemas diversos y a niveles diversos.

Tal vez sea éste un camino de futuro: partir de la experiencia, atisbando luces de sentido posibles de ser integradas. Esto requiere una voluntad eclesial decidida de acompañamiento, una actitud de escucha y de conversión. Los jóvenes necesitan iluminar la propia conciencia. Los padres requieren dialogar y aprender. Y asumir sus responsabilidades como padres. En esto, sumarse a instancias autónomas de la Iglesia, seculares, sin exageradas desconfianzas, puede ser provechoso. No centrarse en la propia palabra eclesial, sino en la búsqueda común. Los frutos también pueden ser muy significativos para la comunidad cristiana, ayudándole a realizar de mejor manera su vocación de madre. Pues la Iglesia es Madre, y debe *abrazar*. El abrazo, a la vez, contiene y acaricia. En ese abrazo mutuo, el joven recibe recursos para una vida con sentido, y la Madre, paulatinamente, tiene la alegría de ser considerada también Hermana.

Sesión N° 5 (13 agosto 2008)
EVANGELIO Y SEXUALIDAD
Centro Teológico Manuel Larraín

Asisten Cristián Barría, Ricardo Capponi, Carolina Correa, Carolina Del Río, Caridad Merino, Carmen Reyes, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

La reunión se desarrolla en torno a la Encíclica *Humanae Vitae*. Sirve de lectura previa el artículo MIFSUD, T; OCHAGAVÍA, J, “*Humanae Vitae*: cuarenta años después”, Mensaje, 571, agosto 2008, 20-29.

Se cumplen 40 años de la publicación de *Humanae Vitae*. Esto sirve de ocasión para una relectura. Desde su aparición en 1968, ella despertó numeras reacciones controversiales. El punto central de dichas disputas está en su reafirmación de la inseparabilidad del aspecto unitivo y del aspecto procreativo de todo acto sexual. La consecuencia de esta doctrina es el rechazo de todo método artificial de control de la natalidad (píldora, preservativo, dispositivo intra-uterino, otros).

Al cumplirse 20 años de la Encíclica, Juan Pablo II dirigió un discurso al inicio de un Congreso convocado para la ocasión, el 7 de noviembre de 1988. En dicha alocución, el Papa recordó la clara conciencia que tuvo Pablo VI de la significación de las materias consideradas por la Encíclica, dada la aparición de la píldora y las consecuencias que se preveían de su uso para la práctica sexual. También recordó el proceso de consulta y discernimiento que la precedió. Junto con reafirmar la doctrina de la intrínseca e inseparable unidad de las finalidades unitiva y procreativa de todo acto sexual, rechazó la que consideró una errónea interpretación de *Gaudium et Spes* 50, en un sentido relativista y dañino para la vida matrimonial. Destacó además el amor conyugal como don sacramental, llamando a profundizar en la conciencia y vivencia de este don. Anunció, por último, la creación del Consejo Pontificio para la Familia y del Instituto Juan Pablo II.

Al cumplirse ahora 40 años de la Encíclica, Benedicto XVI también ha dirigido unas palabras con ocasión de otro Congreso conmemorativo. Claro que esta vez el Papa ha hablado al final del evento, luego de las conferencias y mesas de discusión. En sus palabras, que reiteran que lo que era verdad ayer sigue siéndolo hoy, puede apreciarse sin embargo una consideración de la vida conyugal como proceso, en el horizonte de una relación personal. Habla, por ejemplo, de la fecundidad del amor, no del acto sexual.

¿Por qué hablar hoy sobre *Humanae Vitae*, además del hecho extrínseco de conmemoración de los 40 años de su publicación? Sigue siendo afirmada su doctrina por el Magisterio romano, aunque hay voces, también magisteriales, que han planteado opiniones diversas – como bien lo muestra el artículo de *Mensaje*. Por otra parte, la praxis general, incluida la del grueso de fieles laicos católicos, ha desestimado esta enseñanza sobre el control de la natalidad. Y aparecen enfrentados, de esta manera, ambos criterios. Así, por una parte, se experimenta la necesidad de dialogar en la Iglesia y, en virtud de los hechos, el tema parece superado. Hay otro elemento adicional: desde la perspectiva de la vida concreta de las grandes mayorías pobres, las sugerencias de la Encíclica parecen aún menos atingentes. ¿Cómo aplicar el *método natural* en dichos contextos?

Se plantea, entonces, un asunto para reflexionar. ¿Por qué esta disociación entre enseñanza magisterial y práctica común? ¿Es que la praxis anda descaminada y contaminada? ¿O es que el magisterio está teniendo problemas singulares para dialogar con los usos modernos en este ámbito de la sexualidad? Por supuesto, el asunto es complejo. Pues hay concepciones implicadas (antropología, sexualidad, etc.), modos de vida (magisterio célibe, mercantilización cultural, etc.), estimaciones dispares sobre las *cosas nuevas*, etc. El descubrimiento del método del ritmo natural, primero, y del control de la natalidad por vías artificiales, luego, ha significado una transformación histórica en el modo de vivir y concebir la sexualidad. *Humanae Vitae* optó por reiterar doctrinas ya afirmadas, constantes y firmes. Hacía sólo 8 años que se conocía la *píldora*. Ante situaciones de novedad muy profunda, personas e instituciones requieren recursos conceptuales suficientemente contenedores para una resolución adecuada. En este caso, dicha estructura de contención no estaba, al menos no operaba efectivamente en la cultura. Ella comenzó a desarrollarse en las décadas siguientes, alcanzando también a la reflexión de numerosos teólogos morales. Pero la posición magisterial continúa siendo la misma de hace 40 años. ¿Por qué?

El Magisterio señala que hay asuntos fundamentales aquí implicados, relativos a la concepción del ser humano y al sentido cristiano de la sexualidad. Se trata, pues, de un asunto doctrinal, con implicancias prácticas. Pero también está el hecho de que toda institución, por la misma dinámica institucional, enfrenta tensiones a la hora de integrar tradición y novedad. Y, en consideración de la duración ya milenaria de la Iglesia católica, y de que ella lleva lo que podría llamarse el *dato mesiánico*, estas dificultades resultan aún mayores. En todo caso, pueden ser formuladas hipótesis interpretativas desde otros puntos de vista.

Un aspecto sería el epistemológico. Cuando el Magisterio dice algo *nuevo*, suele *repetir* todo lo anterior. Se podría llamar a esto un desarrollo sumativo del magisterio *por adición*. En otras palabras, cuando una doctrina anterior se deja, suele ser por desuso. Pero resulta muy difícil afirmar que una doctrina determinada ha sido *superada*. ¿Por qué? Tal vez, algo tenga que ver esta manera de proceder con una cierta lectura de aquello de que la fe es un *depósito*. En todo caso, la epistemología que sostiene este modo de proceder no integraría suficientemente el dato de que el conocimiento humano es histórico, también la actualización de las posibilidades de la Revelación. Habría una concepción del saber como doctrina *fija*, más que como doctrina *en proceso*.

Un segundo elemento está en considerar que las enseñanzas magisteriales sobre la sexualidad, en algunos puntos, están enlazadas con concepciones científicas y filosóficas más bien anteriores a la modernidad. Así, por ejemplo, su concepción de la sexualidad tendería a ser más fisicista (naturaleza, ley natural) y menos relacional, procesual. Es verdad que el concepto de persona ya se encuentra en la filosofía y teología medievales, pero con una carga naturalista importante. Ello se debería a la herencia de los modos de pensar helénicos.

Una tercera hipótesis descubre elementos tradicionalistas en las posiciones magisteriales. Este tradicionalismo ha tenido dificultades históricas para asumir las innovaciones modernas tecno-científicas. Puede pensarse, por ejemplo, en los anti-modernistas alemanes de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Para la mayoría de la gente de hoy, los anticonceptivos no abortivos constituyen un ingrediente más de la vida moderna. Para la posición magisterial, no es así. Hay hechos semejantes en la historia de la humanidad, y también de la Iglesia. En el caso de la vacuna, su inventor, Jenner, fue expulsado de la Sociedad Médica de Londres, por su procedimiento “bestial”. Y León XII señaló: “quienquiera que recurre a la vacuna deja de ser hijo de Dios... La viruela es un juicio de Dios... La vacuna es un desafío levantado al cielo”. (GONZÁLEZ FAUS, La autoridad de la verdad, p. 166) Finalmente, la vacuna fue aceptada por Gregorio XVI. Es un aprendizaje lento, pero que no se detiene. Es claro que la Iglesia posee una rica tradición. Pero la asunción de la tradición no se identifica con el tradicionalismo. El cristianismo no se identifica con la visión de un determinado momento histórico. Pero se incultura. Por ello, el tradicionalismo expresa, no las raíces del cristianismo, sino más bien la extrañeza cultural ante lo nuevo y el apego a la cultura dominante inmediatamente anterior.

Hay ideas estimulantes en *Humanae Vitae*. Así, por ejemplo, que la vida es fruto del amor, que los esposos dan vida con Dios, participando de Su fecundidad, y su llamado de

atención para trabajar en el establecimiento de un clima favorable a la entrega y fidelidad conyugal; etc. Esto, sin embargo, en medio de un tono más restrictivo.

Como la situación de la sexualidad es novedosa en la actualidad, como están ocurriendo cambios muy profundos, parece razonable atender más al acompañamiento de los procesos que viven las personas, en especial de los procesos de los mismos laicos católicos, que a la reiteración doctrinal. Pues una época de transformaciones exige especialmente la práctica del discernimiento. “...lo que el Papa está diciendo es la culminación de un largo proceso. Si están interesados en saber lo que significa, tienen que ir al punto de partida. No empezar con la doctrina porque si empezamos por la conclusión no llegaremos a ninguna parte. Tenemos que explicar: *el Papa quiere conservar algo que va a mantener la tradición de la Iglesia, que ha pasado por miles de experiencias, millones de experiencias.* (...) Debemos construir puentes para que las personas puedan recorrer el proceso y no se preocupen de las conclusiones sino que vean qué es verdadero desde sus propias experiencias. Entonces, al final, una comunidad cristiana llega y dice: *todas estas experiencias, las formulamos de esta manera.* Es una formulación. No abarca todas sus vivencias, no las reprime”. (NICOLÁS, A, “El Papa nos pide una obediencia abierta a la creatividad”, Mensaje, 570, julio 2008, 17-23) Esto hacen los autores del artículo de Mensaje: señalan que HV propone un ideal y abren el camino a una nueva formulación de estos temas en perspectiva personalista.

Se requiere un lenguaje nuevo en estos asuntos. Es fascinante para el cristiano vivir en el mundo de hoy. El desafío es concretar una obediencia creativa. Habría que insistir en enfatizar el valor de la conciencia personal, y el tratamiento del sexo en el contexto de relaciones amorosas. Transmitir un sentido más humano a la sexualidad. La afirmación de la primacía de la conciencia, por su parte, no es subjetivismo de conveniencia, ni tampoco se trata de desentenderse de la palabra magisterial. Más bien, se trata de abrir la posibilidad de una práctica cristiana a la altura de estos tiempos, con la responsabilidad de quienes se saben amados por Dios en su dignidad.

Sesión N° 6 (3 septiembre 2008)
EVANGELIO Y SEXUALIDAD
Centro Teológico Manuel Larraín

Asisten Verónica Anguita, Cristián Barría, Ricardo Capponi, Carolina Correa, Carolina Del Río, Alejandra Lustig, Carmen Reyes, Francisco Téllez, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

La reunión se desarrolla en torno a un borrador de trabajo de Cristián Barría, en el cual, a propósito de la doctrina sobre la regulación de los nacimientos, el autor reflexiona, en perspectiva histórica, acerca de los obstáculos que detienen el *aggiornamento* de la Iglesia católica en materias de sexualidad. El diálogo que se desarrolla puede ser inscrito en tres ejes temáticos.

En primer lugar, se hacen algunos comentarios sobre el texto de lectura previa ya mencionado. Se constata en él un temple que expresa cierto estado de indignación. Esto gusta a algunos. Otros expresan que, por esto mismo, aún no está listo para una posible publicación. En todo caso, queda claro que uno se indigna acerca de lo que le interesa. Además, el asunto no es esconder los descontentos, ni tampoco escribir textos que equilibren artificialmente las propias opiniones. Se mencionan otros dos comentarios críticos específicos. Por una parte, si bien en el ámbito social, la Iglesia católica ha avanzado mucho más que en el de la sexualidad, en su diálogo con la cultura moderna, sin embargo también allí se dan ambivalencias y contradicciones. Por otro lado, el texto que se comenta tiende a identificar Iglesia y Jerarquía, o, al menos, da la impresión de ello.

Un segundo núcleo temático de la conversación está constituido por los obstáculos que se aprecian en la Iglesia católica para un diálogo con el hombre y la mujer de hoy en temas de sexualidad. Esto provoca tensiones y distancias internas en la comunidad eclesial. Por ejemplo, entre el discurso magisterial y la práctica y sentir del pueblo cristiano, o entre el mismo discurso magisterial y el acompañamiento pastoral. Se anhela un encuentro, pero ¿tendrá lugar? Se hace necesario identificar posibles motivos de su dificultad. Se trata de un problema que tiene raíces antiguas y propias de la institución religiosa que es la Iglesia. Sus autoridades “administran” el dato mesiánico y, al hacerlo, deben velar además por integrar adecuadamente una pluralidad muy diversa. Se enfrentan, por tanto, a la tensión histórica entre conservación y renovación en el horizonte de una unidad que mantener. La Iglesia es un organismo social que lleva esta tensión, cuya adecuada resolución en los diversos momentos no es fácil. Y esto no es un problema que atañe sólo a la Jerarquía, sino a toda la Comunidad. En este sentido, la asunción de las responsabilidades laicales en estos temas todavía es pobre, en la línea de aportar con su voz. Está también el hecho que la sexualidad media la transmisión de la vida. Y Dios es Vida. Entonces, el ámbito de la sexualidad queda, sin mediaciones, sacralizado y, por tanto, excluido de la intervención humana. Se experimenta la necesidad de una renovada teología de la vida, con bases bíblicas, y también de una teología de la tecnología. Y se suma a estos obstáculos ya mencionados, la evidente profundidad de los cambios que se viven, que hacen preguntarse qué es pasajero y qué permanente. Esto implica articular de mejor modo la verdad cristiana con los procesos de cambio. Pues de lo que se trata es que los cambios se han vuelto el asunto que permanece. Integrar verdad y devenir, por tanto, es una tarea urgente.

En tercer lugar, se expresa la necesidad de un discurso sobre sexualidad más positivo y que sea capaz de entrar en diálogo, y, a la vez, la importancia del rol que laicos y laicas pueden tener en su elaboración. Pues, recogiendo los descontentos, la afirmación *esto no debiera ser así* implica la proposición *esto puede ser de otra manera*. Se constata una general necesidad de un discurso tal, en términos orientadores y actualizados. Un discurso que integre mejor la experiencia y los datos que aportan las ciencias. En suma, un discurso en vistas de una sexualidad vivida en proceso de humanización. No bastan aquí las intuiciones, se requiere poner nombres, categorizar, articular y justificar, elaborar un discurso capaz de vehicular la significación amorosa y fecunda, placentera y vinculante, social y espiritual, de la sexualidad. Ya hay muchos aportes en esta línea. Están también las experiencias y los sueños.

Puede ser aquí muy significativa una palabra laical. Porque laicas y laicos tienen la responsabilidad del ejercicio de la sexualidad. Y tienen la experiencia en las situaciones concretas. Y la tarea de educar a los hijos en estos asuntos. Esta palabra o discurso nuevo – *buena nueva*– tendría que proponer y, por lo mismo, criticar, estar orientado a producir cambios. Y es bueno recordar que el discurso que produce cambios es aquél que, por una parte, abre la posibilidad que el receptor vuelva la mirada sobre sí mismo, en concreto y con verdad, y, por otro lado, deja abierta la puerta a la posibilidad creativa del cambio. El paradigma evangélico de este tipo de discurso está justamente en las parábolas de Jesús.

Ahora bien, ¿qué es lo que se tiene para decir? ¿Cuáles son las propuestas? ¿Se tienen?

Sesión N° 7 (8 octubre 2008)
EVANGELIO Y SEXUALIDAD
Centro Teológico Manuel Larraín

Asisten Cristián Barría, Pablo Concha, Carolina Correa, Carolina Del Río, Caridad Merino, Carmen Reyes, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

La reunión comienza con una breve presentación introductoria. Desde el comienzo de este *Círculo de estudio*, ha estado explícita la finalidad de desarrollar un discurso orientador, positivo, actual, sobre la sexualidad. Nos asiste una convicción de que la fe cristiana tiene algo bueno que decir sobre la sexualidad. Esta palabra encuentra raíces en las actitudes y propuestas evangélicas. Sin embargo, constatamos dificultades para ofrecer esta palabra. Hay un hiato entre el discurso magisterial, percibido como *restrictivo*, y la práctica de creyentes y no creyentes. Hemos ahondado en determinar los elementos que estarían impidiendo un diálogo mejor. Hay conciencia de un profundo cambio, orientado hacia el establecimiento de relaciones simétricas de pareja. Lo hemos visto en la literatura de autoras mujeres, en la V Encuesta del INJUV. Hay una necesidad de orientación. ¿Cuál debe ser el criterio de la conducta sexual? Lo amoroso, el reforzamiento del vínculo. ¿Desde dónde elaborar este discurso positivo? Desde la propia fe, una fe abierta al diálogo y la construcción con todos, dispuesta más a escuchar que a hablar. Desde la experiencia laical, en diálogo con la experiencia de religiosos, religiosas y sacerdotes. Desde el saber científico y la práctica profesional. Es muy relevante también la integración y el procesamiento de la experiencia. ¿A quiénes hablar? A jóvenes, a formadores de jóvenes, a padres y educadores.

A continuación, se hacen diversas contribuciones para un discurso actual y cristiano sobre la sexualidad.

Primer aporte

Aspectos que tendrían que estar presentes en la elaboración de un discurso positivo sobre la sexualidad,

- Al decir un discurso alentador, iluminador atingente a la situación actual de la vida sexual en sus diversas dimensiones (según la invitación del grupo), se hace necesario constatar la existencia de uno no alentador, oscuro y poco atingente. Caer en la cuenta de la falta o deuda de un discurso en esos términos.
- Más que referirnos al contenido o QUÉ, resulta clave señalar el CÓMO del discurso, es decir, el modo de hablar, de comunicar.
- Se requiere un discurso Cristocéntrico, es decir, centrado en la buena nueva de Jesús en el Evangelio, en clave de la continuidad discontinua con el AT. Para ello se hace fundamental la referencia a la Sagrada Escritura, donde sea posible rescatar el aspecto emotivo, erótico, poético y humanizador de la sexualidad.
- Un discurso que no sea sordo, sino que recoja la voz de los jóvenes laicos, para poder registrar la orfandad en que se encuentran muchos, que no sienten sintonía con el discurso oficial de la Iglesia.
- Un discurso para laicos hecho por laicos.
- Un discurso iluminador, no moralizante, no aterrador, no descalificador, que no ponga el acento en la falta, para evitar generar culpas que posibilitan los traumas.
- Al decir humanizante, se busca un discurso liberador. Es precisamente la libertad la que nos distingue de las demás criaturas, es porque somos libres que podemos amar mediante nuestra condición sexual.
- Un discurso que ante todo respete la igual condición y dignidad de varones y mujeres.
- Discurso que no olvide la distinción entre lo sexual–genital y lo sexual-cultural, que no se centre tanto en el acto mismo sino en el acto amoroso, respetando la diversidad de culturas, costumbres y significados.
- Por último, un discurso que defina a quiénes quiere dirigirse –jóvenes y formadores de jóvenes.

Segundo aporte

Elementos para un discurso positivo sobre la sexualidad,

- Salir del discurso negativo de la sexualidad y evidenciar el sesgo de género en el discurso y la praxis.

- Apuntar al vínculo, a la relación. Fortalecer las relaciones de pareja como proceso y el sexo dentro de ésta, también como proceso y como pilar fundamental de la comunicación, contención y expresión de amor.
- Valoración adecuada (pascual) del cuerpo de hombres y mujeres. "Uso" adulto del cuerpo, libre y responsable, como medio privilegiado de expresión de la interioridad. Especial énfasis en la valoración del cuerpo femenino. De aquí al control de la natalidad y al tema de enfermedades de transmisión sexual.
- Reivindicación del placer, de lo erótico de la vida, al interior de la Iglesia.

Tercer aporte

La Iglesia ha evolucionado en su comprensión de la moral, en la modernidad. Un gran avance se ha producido en los últimos dos siglos en la comprensión de la moral social, que se refiere a los temas sociales, económicos y políticos. En estos temas, la iglesia ha descubierto que la mejor manera de dirigirse al hombre de hoy es pedirle atenta consideración de las grandes valores morales que deben dirigir la conducta de las personas, como son el respeto a la dignidad de la persona humana, el deber de respetar a los más débiles, como los niños, las mujeres, los marginados de los frutos actuales de la civilización moderna, como los pobres, los enfermos, los mayores, los pueblos discriminados.

La iglesia percibe que esta nueva manera de formular su enseñanza en el campo social es la más adecuada a los tiempos de hoy, y es la que mejor respeta la dignidad del fiel actual, que está en camino de llegar a ser un adulto maduro e informado. La Iglesia descubre también que una forma análoga de plantear su enseñanza también es lo más útil y fructífero en el campo tan sensible de la sexualidad humana.

La sexualidad es una dimensión fundamental de la vida humana y social. Como todas las cosas creadas es esencialmente buena y bella, y está destinada a servir al desarrollo de una vida humana de la pareja cada vez más plena y generosa. Este privilegio y riqueza de la dimensión sexual de la vida humana está recogido en la Escritura: el primer instante en que es narrada la aparición del lenguaje humano es en el Génesis en el momento en que el primer hombre descubre a la mujer: *"¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será Hembra porque fue sacada del Hombre."* (p.40) También es el primer momento de alegría del hombre. Sabemos también que, lamentablemente, debido a la debilidad del hombre caído, la sexualidad, como todas las demás facultades humanas, puede ser usada también en forma inmadura, egoísta e incluso destructiva. Por eso, la Iglesia desea avanzar junto a los hombres y mujeres del mundo moderno en el descubrimiento y formulación de las formas morales más adecuadas y humanas de vivir una sexualidad sana y plena, de acuerdo a los signos de los tiempos actuales. La Iglesia también desea reflexionar junto a las personas de hoy, sobre los avances y descubrimientos de las ciencias modernas, como la psicología, la sociología, la antropología y la medicina, acerca de las relaciones amorosas, conyugales y sobre los modernos descubrimientos acerca de la fecundidad humana.

La psicología y las ciencias humanas modernas descubren que hay etapas normales en el desarrollo del niño, de un incipiente desarrollo de su sexualidad. En esas etapas iniciales, cumple un papel fundamental la fantasía y el juego. El niño, y poco después el adolescente,

van descubriendo su cuerpo a través de la exploración y el juego, aprendizaje en el que se entremezclan, como en todo lo humano, la alegría, el temor y la angustia. En algún momento sorprendente e inquietante se descubre un desconocido placer. Esta es una aventura tremenda, prohibida y secreta, conocida hoy por la psicología. Desde siempre, muchachos y muchachas van así creciendo, descubriendo, con temor y temblor. Sabemos que el juego en los niños es una suerte de ensayo de habilidades y relaciones que servirán más adelante en la vida adulta. Así también en la sexualidad el niño, y luego la del joven, se va como ensayando y preparando lúdicamente y en el espacio más seguro de su fantasía, lo cual lo va preparando para su vida posterior, según nos enseña la psicología.

Es posible que en el pasado, debido a conocimientos insuficientes, propios de su tiempo, hayamos tenido una idea algo negativa y pesimista de la sexualidad. Quizá alertamos en exceso respecto a los riesgos en este terreno, y posiblemente tendimos a reforzar un elemento de culpa, el que parece ser por otra parte, inherente al desarrollo psicológico normal del niño en el seno de la familia. Pues es sabido que toda cultura humana tiende a frenar y postergar la expresión activa de la sexualidad en los niños, reservándola, como es lógico, para la vida adulta.

Dios es bueno y amoroso y está presente en toda la naturaleza, y también en la fuerza sexual de los jóvenes que en algún momento sienten despertar gradualmente en sus cuerpos como una misteriosa e inquietante primavera. El Dios verdadero es un Dios de vida, un Dios que ama a los niños y jóvenes y los acompaña; que ama el juego y la fiesta y la alegría. Es el Dios del Cantar, **“Me has enamorado, hermana y novia mía, me has enamorado con una sola de tus miradas, con una vuelta de tu collar... ¡Que me bese con besos de su boca”** **“yo amo a mi amor y mi amado es para mí... entra, amor mío, en tu jardín...”** El Dios del amor ama a los amantes, como se ve en el Cantar. Se canta audazmente al amor sensual. En el eclesiástico: *“La belleza de la mujer ilumina el rostro y sobrepasa todo lo deseable; si además habla acariciando, su marido no es un mortal”* (Eclo 36, 28) Esta libertad en el lenguaje está también en el Nuevo Testamento: *“Entonces el reinado de Dios será como diez muchachas que salieron con sus candiles a recibir al novio...”* (Mt 25, 1) Las imágenes matrimoniales en los evangelios son muy numerosas.

El Pueblo de Dios ha descubierto hace siglos que el espacio natural para el despliegue del amor es la pareja adulta, fiel, exclusiva y estable. En el respeto y la confianza mutua posibles entre el hombre y la mujer adulta puede desplegarse el encuentro sexual íntimo en toda su riqueza. En este espacio pueden llegar en su momento los hijos y ser bien recibidos. Este es el mejor espacio, el espacio ideal y querido por Dios.

Pero en el crecimiento humano a veces el ser humano avanza de a poco hacia el ideal de la madurez. Sabemos que los tiempos cambian: en la época de Jesús, las personas solían casarse a los 18 años y rara vez se vivía más allá de los cuarenta. En la Antigüedad entonces la vida social normalmente imponía un precoz ingreso a la vida adulta, incluyendo la condición de casado. Pero hoy día muchas personas deben esperar el tiempo de encontrar su pareja estable y definitiva, tal vez cerca de los 30 años. Y muchos viven una búsqueda ya desde jóvenes. Deben buscar en lo posible, un encuentro maduro y estable, y reservar la intimidad hasta ese momento de mayor madurez, como quien guarda un regalo precioso. Pero a veces, somos inmaduros y la impaciencia o la ilusión nos hace

apresurarnos o equivocarnos. En esa búsqueda algunos quedan heridos, por fracasos. Pero Dios es una madre (o un padre) amorosa que nos acompaña y que nos perdona quizá más de lo que nosotros mismos somos capaces de perdonarnos, siempre que estemos dispuestos a aprender y a cambiar. Dios acepta nuestras búsquedas a veces inmaduras, porque nos quiere. En el Antiguo Testamento aprendemos que Dios no era nada de puritano, como mucho tiempo después se creyó. En la Biblia se cuenta de una viuda, extranjera y sola, que necesitada de esposo, se bañó, perfumó y acicaló y se fue a pasar la noche en el campo, sola, acostándose a los pies de un hombre maduro del cual esperaba protección, cuando éste dormía satisfecho y cansado después de la cosecha. Después, se casaron felizmente. (Ruth) Otra mujer, sola y dos veces viuda y que había sido rechazada por quienes debían protegerla, llegó hasta el extremo audaz y desesperado de ocultarse bajo los vestidos de prostituta y apostarse a la vera del camino, para obtener de cierto hombre la preciosa semilla del hijo, que aquel le había negado, pese a ser su obligación legal, según las costumbres de su tiempo. (Tamar) Para ese hombre, ese encuentro sexual fue solo un placer fugaz con una mujer socialmente desvalorizada; para ella, en cambio, ese acto fue cumplir el deber sagrado de dar descendencia al clan. Descubierta, y poco antes de un posible castigo, el hombre reconoció esa mujer valerosa como más justa que él. Otra vez, un rey tuvo un amor adúltero y homicida, del cual nació un hijo que lamentablemente murió, en castigo por su falta. (David) Después del sufrimiento, el triste rey volvió a la vida, se unió a su mujer y muy luego tuvo otro hijo, que Dios amó e hizo el más grande rey de Israel. Todos estos amores humanos, demasiado humanos, fueron recogidos en la genealogía del hijo de Dios, según la tradición. Dios no es puritano y nos acepta a pesar de nuestras debilidades, siempre que estemos dispuestos a crecer, a convertirnos y madurar. Los caminos torcidos a veces, por un tiempo, son los únicos que sabemos recorrer, y Dios comprende si es que en definitiva avanzamos hacia Él.

Ahora bien, Dios sabe que el mundo se descubre en un largo aprendizaje. Buena parte del Antiguo Testamento es la historia de una pedagogía divina, provista de una infinita paciencia y amor para con la torpeza y fragilidad de hombre y mujeres. Todos somos Adán y Eva: nos caemos, pero se nos permite levantarnos y volver a caminar. Pues bien, algunas personas se caen seriamente en el camino del amor: se equivocan, toman decisiones inmaduras, incluso a veces se casan mal. Algunas de esas personas descubren tiempo después que ya no pueden vivir con la pareja que amaron un día, o creyeron amar. O bien son abandonados. Esas personas sufren mucho tiempo antes de atreverse a tomar la dura decisión de separarse. El dolor de la ruptura suele durar años. Dios se apena con los que sufren y los acompaña y no los juzga.

Pero a veces la generosa Providencia de Dios quiere que esas personas que sufren de soledad, puedan encontrar de nuevo a alguien a quién amar en cuerpo y alma. Dios se alegra cuando dos se aman bien. Si esas dos personas se unen y se hacen cargo de los hijos anteriores, todo está bien. Desde el punto de vista psicológico también a los hijos les hace bien descubrir que sus padres pueden amar de nuevo después de una dolorosa ruptura; les hace bien ver que su padre (o su madre) no se quedará solo/a cuando ellos crezcan y se marchen. Toda buena vida de familia es buena, también de las segundas, porque la vida humana querida por Dios es relación y amor, que es lo contrario de la soledad en tristeza.

Lamentablemente, hasta hace poco, algunos pastores malhumorados no han sido capaces de comprender el amor de una segunda pareja. Algunos de esos pastores incluso los dejan afuera de la comida, en la fiesta de la comunidad el Domingo. ¿Qué madre sería capaz de dejar fuera de la mesa a sus hijos, por toda su vida, sin perdonarlos jamás? Ese extraño castigo es más propio de un juez frío, que de un padre o una madre. Pero esos jueces-pastores culpan a estas segundas parejas genéricamente de egoísmo y de un pecado de muerte. Esos pastores pesimistas ven muerte en lo que en realidad es amor, en la nueva pareja. Les exigen separarse y quedarse solas, esperando toda la vida el improbable milagro de una reconciliación con su ex esposo, lo que muchos saben que no será posible, en relaciones que ya están muertas, lamentablemente. Pero esos jueces exigen el martirio: sacrificar su amor actual, y abrazar la soledad para siempre. Se les impone un castigo duro, demanda que no puede ser de Dios. Pues Dios nos envió a su hijo, quién nos enseñó que todos los sacrificios rituales quedaban abolidos para siempre. Ya no hay que sacrificar ni una vida humana ni animal en el altar divino. Esa costumbre correspondía a una etapa inmadura del aprendizaje humano sobre la conducta ritual, superada ya hace dos mil años.

Jesús nos enseñó, en cambio, que el altar ahora ya no está más en el templo, sino en la relación con mi semejante. Lo sagrado ya no es el espacio del altar, sino la vida con mis hermanos, con mi esposa, con mi hijo: esto es lo sagrado ahora, la vida en común. Si un segundo matrimonio me hace bien a mí y a mis hijos, si me hace más feliz, más humano, más generoso, entonces está bien y Dios quiere y aprueba mi segundo matrimonio, incluyendo naturalmente la intimidad sexual. Si ayer fallé por egoísmo o inmadurez, Dios me ofrece el perdón de un padre amoroso. Pero algunos pastores malhumorados piden que esa pareja, en caso que ya no pueda separarse, debido a los compromisos contraídos, siga bajo el mismo techo pero sin abrazarse como esposos ya nunca jamás. Esos pastores están muy mal, y se comportan como enemigos de la vida: obedecen unas leyes implacables de una pedagogía jurídica y añeja, de hace siglos. Debemos ser pacientes con esos pastores porque ellos siguen viviendo en un mundo clásico muy duro y posiblemente sufren de modo parecido al sufrimiento que tienden a imponer a otros.

Esos pastores antiguos también creen percibir la presencia de la muerte en la sexualidad de los matrimonios que recurren a las técnicas modernas para regular el tamaño de su familia. Hasta el siglo XIX los hijos venían de modo impredecible, como un regalo de Dios, de modo semejante a como nos encontramos en el campo con los frutos silvestres. Pero en el siglo XX se aprendieron las leyes de la fecundidad, gracias al ingenio humano, que ha permitido dominar tantas fuerzas de la naturaleza, que antes sobrepasaban y atemorizaban a los hombres. Desde el siglo XX, entonces, los hijos pueden ser llamados cuando los padres los quieren y cuando están preparados para invitarlos, en una decisión responsable tomada por los esposos. Esto fue reconocido en el Concilio Vaticano II. Hoy día las mujeres no suelen estar sobrecargadas por una maternidad de 15 o más hijos, como ocurría en siglos anteriores. Estos cambios en la experiencia de la paternidad y maternidad se corresponden con los cambios sociales que la iglesia debe aprender a considerar, tales como: la disminución de la mortalidad infantil, el cambio social del rol de la mujer, los nuevos conocimientos biológicos, psicológicos sobre la sexualidad y los cambios económicos y demográficos.

Así mujeres han aprendido a ser más cosas, además de madres. Pero los pastores severos también se enojaron y prohibieron todos los nuevos métodos de regulación de la fecundidad, salvo uno. Ese único método que ellos permitieron se parece a la medicina antigua, requiere una paciente observación, requiere paciencia y capacidad de observación, como la de los campesinos en el campo, o la capacidad de observación de los pescadores en el mar, del viento y las mareas. Hay que saber observar los signos de la naturaleza, en este caso de la mujer. Es un método bello, que a algunas parejas les hace bien. A otras parejas no les acomoda, o no les parece eficaz. Pero a todas las demás parejas que usan otros métodos están como muertos al amor, dicen los pastores severos. Algunas parejas sufren por esta condena, pero la mayoría de las personas ya no escucha estas palabras duras, y en cambio “deciden por sí mismos lo que es justo”.

Algunos matrimonios que han tenido hijos, ya no pueden tener más, debido a una enfermedad de la madre.

La comprensión del amor de pareja en el pasado ha sido incompleta, por los insuficientes conocimientos antiguos. En el cristianismo, se ha puesto muchas veces un excesivo énfasis en el “dar,” descuidándose el anverso: el “recibir”. Pues el amor de pareja es un recíproco dar y recibir, entreverados indisolublemente, lo que es más cierto en la experiencia de intimidad física. Cuando predomina el “dar” en uno de los dos, suele haber muchas veces sometimiento y frustración, incubándose sentimientos de rebelión. La relación de amor ha de ser mutua y recíproca. En el abrazo amoroso hay inextricablemente una suerte de “egoísmo” saludable, que no es en verdad egoísmo ya que es entrega al mismo tiempo. Un amante que solo “da” posiblemente no hace feliz a su pareja, y tampoco lo será él mismo. *“...los amantes pueden conocer cada cual a su manera, un goce común: el placer es experimentado por cada uno como suyo, aun teniendo su origen en el otro. Las palabras recibir y dar intercambian sus sentidos; el goce es gratitud; el placer, ternura. Bajo una forma concreta y carnal, se cumple el reconocimiento recíproco del yo y del otro en la más aguda conciencia del otro y del yo... el hecho es que la alteridad ya no tiene un carácter hostil; esta conciencia de la unión de los cuerpos en su separación es la que confiere al acto sexual su carácter conmovedor...”*(Simone de B. *El Segundo Sexo*, P.343). Las categorías lógicas del dar y del recibir ya no se conservan en el trance amoroso, en que el dar y recibir se confunden, se fusionan, se traslapan.

Los pastores severos tampoco logran entender a sus propios hermanos sacerdotes que han fallado a su promesa de celibato y han suspendido sus votos para hacer pareja. Son “reducidos” al estado laical. La prueba viviente de que se puede ser ministro de Dios y estar casado es la existencia de miles de hombres en este estado, lo que hoy ocurre en los hechos, contra leyes severas que fracasan forzosamente cuando imponen cargas imposibles para algunas personas. Esas personas consagradas y casadas afortunadamente siguen en comunión con la Iglesia. Pero se mantienen hoy en cierto modo como exiliados, silenciados, mantenidos como en reserva. Ellos son los primeros que debieran ayudar a la comunidad a pensar la sexualidad en los tiempos actuales. Los obispos brasileños propusieron en Aparecida recurrir a la ayuda pastoral de estos hermanos ordenados, lo que no fue escuchado. Recordemos que durante mil años el sacerdocio fue compatible con el matrimonio.

En el antiguo Israel se tenía en alta estima la unión conyugal. Todos los grandes personajes fueron casados, salvo uno. La alianza conyugal fue una de las grandes imágenes para ilustrar el amor de Dios por su pueblo. En la historia cristiana se conserva la imagen esponsal, pero se la ha espiritualizado, asociándola en exceso a la prueba y al sufrimiento.

Pero en el antiguo Israel la unión conyugal que encarnaba la alianza divina era una unión vital, fecunda y también gozosa y sensual. Leemos en Jeremías los versos: *“se escuchará la voz alegre y la voz gozosa, la voz del esposo y la voz de la esposa”*. En Isaías se entrega una de las imágenes más audaces, según Schökel, sobre el amor de alianza de Dios con su pueblo: *“Como un joven se casa con una doncella, así te desposa el que te construyó, la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo”*. Es evidente que la alegría del joven esposo que se encuentra con su doncella, incluye el abrazo íntimo. El gozo de los amantes es considerado en la Biblia una buena imagen para encarnar el amor divino por el ser humano. No hay mayor privilegio al que pueda aspirar una experiencia humana.

El amor conyugal es visto como un bálsamo y consuelo, que compensa por las penas de la vida: *“Isaac metió a Rebeca en la tienda de Sara, su madre, la tomó por esposa y se consoló por la muerte de su madre”*. (Gen 24,67)

En el Nuevo Testamento se recoge también la imagen nupcial, con su componente vital y de fiesta. Jesús y sus acompañantes fueron criticados por comer bien y beber con los amigos (“comilones y borrachos”). Ante la crítica, Jesús responde que es absolutamente apropiado que su gente coma y beba, pues están en compañía del esposo, y es tiempo de alegría. El tiempo del ayuno ya vendrá en su momento. De este modo Jesús legitima los dones de la amistad y la alegría de la compañía. Comer y beber juntos es señal de vida. En Juan, el primer signo de Jesús será hacer abundar el vino en una fiesta de bodas. Junto a su madre ayudan a prolongar el momento de la alegría y la sociabilidad, el vino es símbolo de vida, de gozo no exento de una experiencia de trance. El mensaje de Jesús es una buena noticia, que a veces se nos olvida, en medio de las penurias de la vida que a veces nos imponen inevitablemente el ayuno y el sacrificio.

Durante siglos la Iglesia defendió con fuerza la dignidad del matrimonio y la fecundidad. Esto fue necesario ante la existencia de movimientos en la Antigüedad como el maniqueísmo y otros. También en el Israel antiguo se valoraba la fecundidad abundante, considerándosela como una bendición de Dios. En la Edad media, en una cultura aldeana y rural la familia numerosa era muy apreciada, asociándose a la generosidad y la disciplina. Muchos buenos cristianos y sacerdotes se formaron en familias numerosas, y también santos. Pero la historia trae gradualmente cambios.

En el siglo XVIII san Alfonso de Liguorio percibe transformaciones en la conducta de los matrimonios de su época. Muchos después de haber tenido ya una prole numerosa realizaban intentos de regulación de la natalidad, para lo cual recurrían a métodos toscos e imperfectos de la época. En contacto con esta realidad emergente, comenzó a elaborar las bases de una pastoral comprensiva y benigna. Más adelante este moralista sería reconocido como Doctor de la Iglesia. Posteriormente en el siglo XIX en Europa sobrevinieron profundas transformaciones demográficas, y con ellas cambios en la conducta íntima de los

matrimonios, incluyendo los cristianos. Se fue generalizando una baja en la natalidad de las familias. También se recurría a métodos imperfectos conocidos desde antiguo. Estos métodos habían sido tradicionalmente rechazados por la Jerarquía de la Iglesia. Pero debe reconocerse que se fue dando una experiencia en el pueblo cristiano, que fue descubriendo sus propios caminos. En este siglo, ante las consultas de los confesores, se fue confirmando una práctica de consejería en el sentido de la benevolencia. A los esposos que practicaban regulación de la natalidad con buena conciencia, se les dejaba tranquilos, sin inquietarlos.

Cuarto aporte

Discurso positivo sobre una sexualidad humanizadora.

- **Las relaciones sexuales son buenas.** Dios nos creó sexuados; experimentamos atracción sexual y deseo de unión sexual con el otro sexo. Debemos agradecerlas como un regalo en nuestra vida. “Y vio Dios que era bueno”. Ayudan a nuestra realización personal: a expresarnos y a experimentar el gozo de ser apreciados.
- **Sentido o funciones de las relaciones sexuales:** permiten expresar comunión y generan comunión, dan origen a la nueva vida, y/o son una fuente de placer físico y psicológico (por la experiencia de comunión). Génesis, grito de gozo de Adán. Cantar de los Cantares exalta el goce de la sexualidad entre un hombre y una mujer; valora el deseo de uno por otro.
- **Para que sean plenamente gozosas, es importante vivirlas bien, que se den ciertas condiciones.** Si éstas no están presentes, es posible que se vivan como una experiencia dolorosa. Con la persona adecuada en el momento adecuado.
- **Relaciones sexuales humanizadoras: actos sexuales para el bien de quienes participan en ellas.** Ayudan a construir a quienes participan en ellas así como a su entorno. Contribuyen a hacerlos sentirse respetados, valiosos, aceptados, perdonados; construyen comunidad...

5. Criterios: apuntando al ideal *(se darán en mayor o menor medida en un proceso progresivo con avances y retrocesos)*

- vii. **Libertad:** son fruto de una decisión reflexiva no de impulsos incontenibles ni de la presión del otro o de los amigos.
- viii. **Amor:** cualifica un acto humanizador. **Jesús:** su propuesta sobre el *amor como actitud de encuentro y comunión, de entrega total, gratuita y fiel de sí mismo en beneficio del otro* es la pauta para nuestros actos en general y para las relaciones sexuales en particular (aunque no habla de ellas).

Relaciones como expresión de amor a sí mismo y al otro, acto de encuentro en que cada uno se dona al otro para que éste logre su plenitud, acto que me ayuda a crecer y hace crecer al otro.

El amor de pareja es posible cuando soy capaz de salir de mí mismo, de mi propio interés. Sólo entonces puedo ver al otro. Para ello se requiere haber superado el período de búsqueda de la propia identidad. El desarrollo de la intimidad supone que me conozco a mí mismo y lo que quiero ofrecer al otro y que soy capaz de entrar en la intimidad del otro sin sentirme amenazado.

Supone haber superado la adolescencia y, en forma importante, el propio egocentrismo. Por tanto es difícil que se cumpla este criterio en personas muy jóvenes; hay amor, pero éste suele ser superficial, y pasajero. (J. Aldunate); el amor erótico no ha llevado aún a un amor oblativo (López Azpitarte), aunque en el proceso del amor siempre subsistirán rasgos de egoísmo.

El acto sexual amoroso no instrumentaliza al otro, sino que busca una relación de encuentro y comunidad con el otro, al cual se aprecia como único e insustituible. (López Azpitarte) Cada uno ve al otro como un ser único y valioso.

Parábola del tesoro escondido: el encuentro con el otro es de tal valor que se está dispuesto a entregar todo lo que se tiene por él. En una relación amorosa uno debe amar así y el otro ha de sentirse apreciado, valorado como una persona única. Es la meta.

- ix. **Unidad cuerpo- espíritu.** Gen 2,7. El cuerpo es medio de expresión de lo que vivimos por dentro. Concepción unitaria del ser humano. El cuerpo compromete toda la persona, es símbolo de la persona entera. (S. Pablo)

El lenguaje del cuerpo. En la relación sexual, la desnudez física expresa apertura, confianza. La relación sexual es la relación de máxima intimidad física, uno entra dentro del otro, se entregan, se acogen; en ella entregan su presente y su historia (su manera particular de ser y también su carga genética); se hacen uno como expresión de comunión. Puede engendrar una vida que procede de los dos, expresión de esa comunidad y que reclama una extensión en el tiempo. Es importante que los gestos corporales correspondan a lo que se vive por dentro. La relación sexual tiene gran densidad simbólica. Gesto y significado coinciden cuando se expresa una entrega total mutua. *Es importante ser verdadero y honesto en lo que se expresa en este gesto*; que no genere confusión. Si uno o ambos sólo buscan placer (o menos frecuente, si sólo buscan un hijo) y no expresar comunión y compromiso, al menos han de ponerlo sobre la mesa, teniendo claro en todo caso que, aunque intenten evitarlo, puede nacer un hijo de ambos que tiene derecho a crecer con ambos padres.

Actuar como persona integrada, no disociadamente. Vivir el acto sexual como persona indivisa, que en el acto sexual expresa las diversas dimensiones de su persona. Va más allá de la búsqueda del placer físico.

Criterios en cada una de estas dimensiones para una relación sexual madura, buena,

a) en lo **biológico** corporal: lugar físico cómodo, cálido, privado, grato; personas sanas (vs. enfermedades de transmisión sexual), hay atracción, la relación produce placer físico.

b) en lo **psicológico**:

- el acto sexual se vive con tranquilidad, sin temor, con confianza (vs. como una experiencia perturbadora, frecuente en los jóvenes; temor a que los pillen, al embarazo, a ser abandonado)
- se integra la atracción sexual y el amor en la misma persona (Otto Kernberg)
- Amor: se conoce íntimamente al otro, se lo valora, acepta con sus dificultades y recibe como alguien único. Sentimiento de ser conocido en profundidad y apreciado por el otro. Conocimiento de sí mismo y capacidad de entregarse en libertad al otro.

Estos requisitos son particularmente importantes en las mujeres. Es importante que los varones respeten el modo de ser femenino en la relación: excitación más lenta y vinculada a la percepción de la existencia de una relación amorosa ¿y comprometida? La apertura y expresión de sí mismas con libertad es consecuencia de sentirse amada. Pregunta: ¿hasta dónde es cierto y hasta dónde es cultural?

c) en lo **social**: atento al bien de,

- la *pareja*: *respeto* y responsabilidad por él/ella, por lo que quiere y cómo lo vive; considerarlo de *igual dignidad*.
- hijo que puede venir: tiene derecho a crecer con su padre y su madre, por tanto la relación ha de vivirse como un compromiso amoroso definitivo; capacidad psicológica y social de hacerse cargo, cuidarlo y ayudarlo a crecer.
- familias de origen y comunidad: tener relaciones cuando se puede asumir las responsabilidades consecuentes (hijos) sin cargárselas a otros, sin depender de otros. Que las relaciones puedan ser vividas por mi familia y comunidad como un aporte a ellos, que puedan ser públicas y celebradas (vs. frecuencia de hijos fuera del matrimonio en adolescentes de sectores pobres genera pobreza).

Pregunta: respecto a los últimos dos puntos, ¿hijos necesitan la presencia del padre y la madre; hay otras formas tan buenas de crianza?

d) **espiritual**: de acuerdo a los propios principios, valores, creencias y opciones de vida.

Quinto aporte

Lenguaje accesible. El diagnóstico que hemos ido realizando a lo largo del año sobre el sentir de los cristianos y los no cristianos sobre la propia sexualidad, no ha resultado alentador. Sin embargo, a la hora de tratar de encontrar textos que sean de ayuda para orientar, no sólo nos encontramos con discursos que distan de la realidad y que castran el sano desarrollo de ésta, sino que aquellos que se intuye invitan a encontrarse con la propia conciencia para vivir una sexualidad plena, están en un lenguaje tan docto, tan teológico, en

fin, tan distante, que no logran cumplir con la tarea de transmitir la invitación que nos hace nuestro Padre.

Es un desafío ser austeros tanto en los contenidos, como en las formas para lograr un discurso que realmente acerque a todos quienes necesitamos encontrar un camino de sanación, crecimiento y encuentro en el ámbito de la sexualidad.

Los “deber ser”. Ha sido redundante la cantidad de discursos que enumeran una serie de exigencias morales para que las relaciones sexuales sean consideradas dentro del marco de lo “cristianamente aceptable”. Y si se trata de acercar a todos aquellos que se han sentido apuntados con el dedo, que se han sentido excluidos, si se trata de acercar a todos esos que no encontraron en el evangelio una “buena noticia” en el plano de la propia sexualidad, se ha de hacer el intento de no llenar un discurso de “deber ser”. Queremos de nuestra sexualidad lo que el Padre sueña para nosotros, ha de ser nuestro único imperativo, la única vara que ha de medir lo “cristianamente aceptable”; los “deber ser” devienen en exigencias que siendo medios se vuelven fines. Es delgada la línea entre el sano desafío y aquel que termina imponiéndose como el centro de nuestro camino.

Invitar a que el propio ideal sea el límite que desafía y no castra. Finalmente, en la línea de lo anterior, pasa a ser central la invitación a la oración, al silencio, a la búsqueda del propio camino que no es sino el que el Padre nos señala. Es el propio ideal de la sexualidad el que ha de operar como límite del actuar. El desafío entonces es ser capaces de invitar a este encuentro consigo mismo, con la propia conciencia, poner en el centro este encuentro, darle la urgencia que tiene.